PABLO IGLESIAS

PABLO IGLESIAS

Gustavo Vidal Manzanares

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Pablo Iglesias
Autor: © Gustavo Vidal Manzanares

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Estudio de diseño Murray
Diseño interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-731-2

Índice

Cronología 9

Introducción 11

Capítulo 1. Pobreza extrema y hospicio 13

Capítulo 2. Un obrero de once años 21

Capítulo 3. La revolución Gloriosa 33

Capítulo 4. En los umbrales de la política 45

Capítulo 5. Un país convulso 53

Capítulo 6. Presidente de la Asociación del Arte de Imprimir 73

Capítulo 7. La fundación del PSOE 85

Capítulo 8. Huelga, persecuciones y cárcel 105

Capítulo 9. Nacen la UGT y *El Socialista* 123

Capítulo 10. Por la jornada de ocho horas 161

Capítulo 11. Pablo Iglesias, un hombre sin vida privada 181

Capítulo 12. Pérdida de las colonias 195
Capítulo 13. Inocente Calleja: el tesoro de la amistad 219
Capítulo 14. Concejal en Madrid 245
Capítulo 15. El día más feliz de Pablo Iglesias 261
Capítulo 16. Diputado a Cortes Generales 283
Capítulo 17. “Las dos Españas” 299
Capítulo 18. Huelga general de 1917 325
Capítulo 19. Desastres africanos y dictadura militar 353
Capítulo 20. “Por manos de compañeros socialistas” 375
Notas 383
Bibliografía 393

Cronología

18 de octubre de 1850: Nace en El Ferrol.
1860-1862: Fallecido el cabeza de familia, marchan a Madrid Pablo Iglesias, su madre y su hermano. Ambos niños ingresan en el hospicio de San Fernando.
1863-1868: Alterna periodos laborales y de paro. Su hermano *Manuelín* muere de tuberculosis.
1869: Asiste a conferencias en la sección española de la AIT (Asociación Internacional de Trabajadores).
1870: el 13 de marzo solicita ingresar en la sección de tipógrafos de la AIT. Poco después resulta elegido miembro del Consejo Federal de Madrid. Publica su primer artículo, *La guerra.*
1871: En febrero, pronuncia su primer discurso con motivo de un ciclo de conferencias organizado en los Estudios de San Isidro.
1872: Redactor de *La emancipación.*
1873: El 4 de marzo ingresa en la AAI (Asociación del Arte de Imprimir).
1874: Resulta elegido presidente de la AAI.
1879: 2 de mayo, fundación del PSOE en una fonda de la calle de Tetuán.
1879-1888: En repetidas ocasiones irá a la cárcel a causa de su activismo político. Siempre rechazará las peticiones de indulto. Los patronos se niegan a darle trabajo. En **1886** se funda el periódico *El socialista.* Fallece doña Juana Posse. El 2 de agosto de **1888** se acuerda en Barcelona la creación de la Unión General de Trabajadores (UGT). Masacre de obreros en Riotinto (Huelva).
1889: Pablo Iglesias es nombrado presidente del comité nacional de UGT.
1890: Se celebra por primera vez en Madrid la jornada de lucha del primero de mayo. Iglesias encabeza una impresionante manifestación, tras la

cual entregan al Gobierno las reclamaciones laborales, destacando la jornada laboral de ocho horas.

1894-1895: Pablo Iglesias entra y sale de prisión a causa de sus reivindicaciones sociales.

1896-1904: Intensa actividad política, pero la salud del líder comienza a quebrantarse como consecuencia de las penurias padecidas en su juventud y los frecuentes encarcelamientos.

1905: Elegido concejal del Ayuntamiento de Madrid.

1908: Inauguración de la Casa del Pueblo en la capital, el día más feliz en la vida de Pablo Iglesias.

1909: Oposición a la guerra de Marruecos. De nuevo en la cárcel.

1910: Elegido diputado a Cortes Generales.

1914: Su salud empeora considerablemente.

1917: Huelga general. Comienzan unos años de doloroso ocaso físico.

1921: Escisión del PSOE. La salud le impide salir de Madrid.

1925: Fallece el 9 de diciembre. Al homenaje póstumo acudieron más de 150.000 personas.

Introducción

No puede trazarse la biografía de un personaje como Pablo Iglesias sin referirnos ampliamente a los acontecimientos que jalonan su vida y época (1850-1925) tales como la revolución Gloriosa, el régimen de la Restauración, las guerras carlistas, el turno de partidos, la pérdida de las últimas colonias, las guerras en Marruecos, la dictadura de Primo de Rivera… y, por supuesto, las reseñas a la sociedad y cultura que desfilaron ante las retinas del fundador del PSOE y la UGT.

Las biografías que habían aparecido de Iglesias, aunque muy útiles, pecaban de incompletas. Además, fueron escritas por militantes socialistas muy próximos al *abuelo* y el borboteo hagiográfico chorreaba desde todos sus renglones.

Pero, por otra parte, afrontar una vida tan fecunda podría materializarse en un volumen denso y macizo que espantase lectores. Era imprescindible, por tanto, condensar la vida de este icono del socialismo español en el número adecuado de páginas. Ni más ni menos. Las justas.

A su vez, la vida de Pablo Iglesias debía imbricarse con los eventos que colorean su sociedad y su tiempo, narrados sin florituras literarias ni pedantería, en un lenguaje ágil y ameno que atraiga lectores de cualquier edad y condición, que pueda leerse en el sofá de casa o en el asiento del autobús, sin ceder por ello ni una pulgada en rigor y seriedad.

Y el proyecto vale la pena. Nos estamos refiriendo a un gallego de hierro azotado por la pobreza extrema en su niñez y criado en un hospicio donde sufre malos tratos y una nefasta asistencia médica que le hiere con una dolencia gástrica de por vida. Hablamos de un adolescente que ve morir a su hermano de tuberculosis o, más exactamente, de miseria. Un joven que ha de combatir el frío con papelotes arrancados de carteleras y colocados a

modo de chaleco bajo su americana desgastada, la única que posee. Un adulto obrerista que inmolará su vida en la defensa de los desfavorecidos y que se convertirá en las raíces donde brotarán el PSOE y la UGT.

Arturo Barea en *La forja de un rebelde* lo relatará:

> …a los socialistas los meten en la cárcel, los dan palos, pero al final se salen con la suya, son los únicos que cobran el jornal que piden y que trabajan ocho horas al día…A la cabeza de todos está Pablo Iglesias, un tipógrafo ya viejo, que dice todas las verdades que se le ocurren… los obreros lo llaman el *abuelo*. Lo han metido en la cárcel no sé cuantas veces...

Un *tipógrafo ya viejo,* el *abuelo,* el fundador del Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores… todo lo que pueda escribirse sobre su vida y legado será poco.

Capítulo 1
Pobreza extrema y Hospicio

Verano de 1860. Proximidades de Madrid

Habían caminado durante tres semanas.

A pleno sol.

Dormían en calveros y arboledas, sobre sacos de paja. Avanzaban por un camino estrecho y lleno de barro donde la oscuridad parecía palparse. Pronto llegarían a Madrid. El mayor de los dos hermanos se apoyaba sobre un carro de arriero cuyas ruedas de madera gemían lúgubremente. A ambos lados de la senda, frondosos arbustos salvajes se estremecían al menor soplo de viento. Partieron desde Galicia, la madre, el hermano y él. A menudo, la mujer tose, resopla y sube al carro. Con las manos esculpidas de callosidades enjuga el sudor que baña su frente. Se llama Juana y sueña con aprender a leer. El marido se llamaba Pedro Iglesias, de segundo apellido Expósito. Tras su inopinada muerte, la pobreza ha aguijoneado los días de Juana, Manuelín y Paulino.

Juana recordó a un lejano familiar colocado en Madrid, en la casa de un señorón cuyos títulos no caben en tarjeta de visita alguna[1], y acuden en su búsqueda.

En el Madrid que recibe a la familia Iglesias aún retumban los truenos de la "Vicalvarada"[2] y los ciudadanos se han lanzado a la calle al saber que los cañones españoles han conquistado la plaza de Tetuán[3]. La villa hierve entre fervor patriótico, obras públicas y actos culturales. Se inaugura la Exposición Nacional de Bellas Artes con trescientas treinta y tres obras. Entre ellas, destaca *Los comuneros* de Antonio Gisbert, galardonada y adquirida por el Congreso. Hartzenbusch[4] ultima *La hija de Cervantes* en homenaje al genio de Alcalá de Henares, y Mesonero Romanos[5] recoge de la imprenta las pruebas, aún con la tinta fresca, de *El antiguo Madrid. Paseos*

histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta Villa. María de las Mercedes de Orleans[6] acaba de nacer en esta España isabelina de extraordinaria afición al baile. Se danza en el Palacio Real, en los salones aristocráticos, en embajadas, en sótanos y azoteas. Proliferan las sociedades recreativas cuya finalidad es organizar veladas de baile. Destacan: *Liceo Madrileño, La Constante, La Primavera, La Novedad, La Oriental, La Veneciana*...

Mientras los zapatos taconean al ritmo de las orquestas, cientos de obreros levantan adoquines y escarban terrones. Carlos María de Castro ve aprobado y ejecutado su Plan de Ensanche. Consecuencia de la desamortización[7], Madrid ha crecido como centro burocrático, industrial y de consumo. Este plan urbanístico, inspirado en el Plan Cerdá de Barcelona, establecerá un desarrollo ajeno a la red central (Plaza Mayor, Puerta del Sol…) en previsión del inminente aumento de población. El ensanche contribuirá a asentar a la floreciente burguesía en los núcleos urbanizados por el marqués de Salamanca[8]. El proletariado se agrupará en el extrarradio. Tetuán de las Victorias se unirá a Cuatro Caminos. Posteriormente, irán poblándose otras barriadas: las Ventas, Guindalera, Prosperidad, Vallecas… De notoria importancia será la canalización de las aguas del río Lozoya. La reina Isabel II inaugurará el canal que lleva su nombre mientras la castiza figura del aguador, con su barrica al hombro, quedará hundida en el recuerdo.

Ajenos a estos acontecimientos, los pasos de la familia Iglesias resuenan sobre el empedrado madrileño.

Hay que encontrar a ese lejano pariente.

Desde la Cava enfilaron la calle de Segovia donde pendía el cartel de la posada del Maragato. Entre arrieros, cosarios y trajinantes, Juana y los dos niños consiguieron acercarse al mostrador de la hostería. Portaban en sus ropas polvo de varias provincias y el roce de rocas y aromáticos olivares. Tras el aseo y cambio de atavío, emprendieron la búsqueda del familiar.

Tardaron en encontrar el palacio. Paulino leía los rótulos de las calles en un apresurado caminar entre las arterias del Madrid decimonónico. A fuerza de preguntas, dieron con la calle San Bernardo y, esquina a Flor Alta, se toparon con el imponente palacio del conde de Altamira.

Todo lo que los Iglesias poseían era una esperanza.

Y vivía en aquel palacio.

Ventura Rodríguez[9] había comenzado a levantar ese edificio inconcluso. Una puerta enorme protegía un zaguán donde cabían diez carruajes enjaezados; la escalera de piedra se dividía en dos tramos y en el arranque de estos destacaba el reflejo marmóreo de la estatua de un guerrero griego, desnudo, desenvainando una espada de dos filos, protegido por un escudo con múltiples figuras labradas. Un portero de uniforme ceñido y cuajado de galones se acercó. Cohibida y posiblemente asustada, Juana Posse preguntó por su tío. *Soy nuevo y no conozco a ese señor, esperen que averigüe*. Entró

por una puerta de servicio y, minutos después, regresó. Sin duda, el ordenanza comprendía la situación. En su rostro se plasmaba la tristeza. *Señora, ese señor, su tío… ya murió.*

Muchos años después, Pablo Iglesias Posse habría de recordar la necesidad que lo arrastró a Madrid. En 1904, la Junta Directiva de la Asociación del Arte de Imprimir solicitó una semblanza de sus afiliados. Así, Pablo escribió que había nacido en El Ferrol el 18 de octubre de 1.850. Su padre, Pedro de la Iglesia Expósito, trabajaba como peón para el ayuntamiento ferrolano. A su madre la define como "buena gente, callada, dulce, laboriosa y conocedora de la difícil y aspérrima ciencia de encontrar un bienestar relativo en la escasez y aun en la miseria, la ciencia de hacer que la ropa dure mucho, que la limpieza lo ennoblezca y embellezca todo, que sepan bien las patatas solas y las sopas de ajo". Pedro apenas recibe las primeras letras en los Desamparados de Orense. Su primogénito acude cuatro años a las aulas y cuando el menor, Manuelín, comienza a acompañarlo, acaece la desgracia. Aquel cabeza de familia, hijo de padres desconocidos y sin más patrimonio que su espinazo, deja a Juana dos hijos y algunas deudas. Ella, natural de Santiago de Compostela, solo sabe de aquel lejano pariente empleado en una casa de abolengo.

Tiempos de pobreza extrema

¿Qué sucedió las siguientes jornadas?

Tan solo podemos vislumbrar el cuadro de una mujer de negro, anegada de angustia y con dos pequeños hambrientos. Bajo el soportal de una calle, a refugio del calor, tiende la mano en demanda de limosna (M. Almela Meliá, *Pablo Iglesias. Rasgos de su vida íntima*, 11).

Pocas ilusiones se reparten entre las clases humildes en esta España de incierto derrotero. A mediados del siglo XIX se han operado transformaciones de calado. La corriente liberal ha impuesto sus postulados económicos y la transición del feudalismo al capitalismo convulsiona el tejido social. Pero las antiguas clases dominantes no han visto mermada su influencia. La nobleza territorial salvaguarda su poder sobre el caudal que le proporciona la posesión de sus tierras. Aunque se han volatilizado los privilegios jurisdiccionales, la desvinculación de los mayorazgos ha colmado sus arcas. Por su parte, la pequeña nobleza desaparece o pasa a engrosar las filas de la nueva clase dominante: la burguesía. Este sector ha impulsado el cambio con el aliento del pueblo pero, coronados sus objetivos, ha estrechado la mano de sus antiguos enemigos, los aristócratas. Al margen, una pequeña burguesía imbuida en el intelecto y el comercio defiende los principios democráticos.

El clero ha sufrido una debacle a causa de las desamortizaciones. En el terreno político, su apoyo a los carlistas[10] y a la reacción merma cualquier

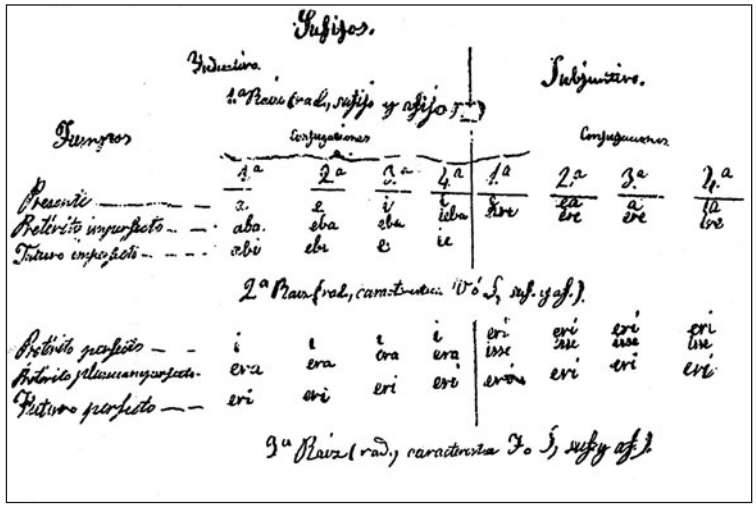
credibilidad. Sin embargo, su preponderancia como religión oficial permanece intocable. Los militares, tras el protagonismo en las ya lejanas guerras de la Independencia y en las carlistas y africanas, se constituyen como un monolítico árbitro de la política.

El campesinado y el proletariado urbano soportan el peso de la nobleza, la burguesía, el clero y el estamento militar. Los campesinos, desaparecidos los señoríos y sin tierras que labrar, comienzan a formar una nutrida horda. En miles de casos, la huida a las ciudades es la única salida. Fruto de la imparable industrialización y del éxodo rural, el proletariado comienza a crecer. Campesinos y obreros rozan el nivel de subsistencia y, en múltiples ocasiones, chapotean en la miseria. La ausencia de normas higiénicas provoca en el obrero la aparición de corrosivas enfermedades. Algunas mortales, como el cólera y la tuberculosis. Estas condiciones explotan, no pocas veces, en motines y tumultos sofocados, a sangre y pólvora, por los sables y mosquetones de las fuerzas de seguridad. Pese a todo, la inmigración desatada multiplica la población de las urbes. La mayoría tendrá que asentarse fuera de sus desbordados muros medievales. Los ayuntamientos se verán así impelidos a emprender ambiciosos planes de infraestructuras que, en una espiral especulativa, bañará de oro a la burguesía. Mientras, el analfabetismo estrangulará al setenta por ciento de la población. Los ecos políticos son agudos, toda vez que los analfabetos carecen de derecho al voto. La Iglesia, por su parte, torpedeará cualquier conato de educación moderna (*Crónica de España*, 677)[11]. Sin embargo, la cultura adquiere un nuevo sesgo. De peligroso virus en el Antiguo Régimen se convierte en herramienta imprescindible para la floreciente burguesía. Urgen artistas, escritores, científicos, ingenieros, técnicos que materialicen las necesidades y afán de lucro de la nueva clase.

En medio de este clima efervescente, aunque agobiados por la desolación, los Iglesias buscan un resquicio a la penuria. En poco tiempo, la familia sufre otro desgarro. Sin posibilidad de sobrevivir juntos, hay que recurrir a la generosidad del conde de Altamira. Unas líneas dirigidas al presidente de la Diputación Provincial, al gobernador civil, al marqués de la Vega de Armijo o a don Ángel Echalecu, diputado visitador de asilo, adquirirían rango de orden si concluían firmadas por el noble. No se explica de otra manera la rápida admisión de los dos hermanos Iglesias en el hospicio de San Fernando (J.J. Morato, *Pablo Iglesias Posse. Educador de muchedumbres*, 12).

En el hospicio

Así, los dos pequeños entraron en aquella casa de caridad y la señora Juana alquiló un cuarto en la travesía de Cabestreros. Aquellos chiscones oscuros, sin ventilación, se construían en los huecos de las escaleras y debajo de los



Labores escolares de Pablo Iglesias. En el Hospicio se impartía una rudimentaria enseñanza elemental previa a la elección de oficio. En la imagen, trabajos de conjugación latina.

tejados, expuestos al azote inmisericorde del sol, el frío y la lluvia. Solían dar a un patio sucio donde se levantaban montones de trastos, a menudo cubiertos de chapas y maderas carcomidas, ladrillos y tejas. Por las tardes, las vecinas lavaban en el patio y, nada más terminar, vaciaban sus cubos en los desagües provocando charcos que, una vez secos, formaban manchurrones costrosos y regueros de añil. Colgaban ropas de las barandillas, colchas remendadas, telas harapientas tendidas en cuerdas atadas de una ventana a otra. Cada vivienda era una muestra del comunismo de la penuria. El alquiler, seis pesetas al mes, era lo más barato que podía hallarse en aquel Madrid de bailes, ecos de guerras lejanas y de una monarquía próxima a derrumbarse. Mientras, Juana atravesaba portales y plazas ofreciéndose para lavar ropa y asistir en alguna casa.

La separación fue un trance tan doloroso que sumió al jovencísimo Pablo en lo que, hoy, diagnosticaríamos como depresión profunda. Así, "no días, ni semanas, meses enteros vivió Paulino sin noción clara de la realidad. Inconscientemente hacía lo que le mandaban o lo que veía hacer, no comiendo apenas…" (J.J. Morato, 12).

Consecuencia de este dolor psíquico eran frecuentes los mareos y los estados de angustia. Dos veces fue ingresado en la enfermería del asilo y una, por error, en el hospital. En una época sometida a la insalubridad y a la escasez, no eran muchos los médicos que profundizaban en los trastornos psicosomáticos. De este modo, con un diagnóstico erróneo, a Paulino le aplicaron un tratamiento contraindicado que lo hirió con una enfermedad gástrica de por vida.

A la salida del hospital, camino del hospicio, aún conservaba las cicatrices de las sanguijuelas sobre la boca del estómago.



Fachada del antiguo Hospicio de San Fernando (actual Museo Municipal de Madrid). Entre sus muros, y separado de su madre, viviría Pablo Iglesias momentos de intensa amargura y soledad. Sin embargo, allí pudo cubrir las necesidades básicas que su pobreza le negaba, y aprender el oficio de impresor.

La vida en el hospicio no era grata. La alimentación, escasa y poco variada, se componía de:

> Una libra de pan fabricado por contrata; garbanzos, judías, arroz, lentejas, patatas; seis adarmes de tocino y siete de carne por plaza, y aceite, vinagre más media libra de pimentón, cuatro cabezas de ajos, dos cebollas y tres cuarterones de sal al día por cada cincuenta plazas.
>
> Y alguna vez bacalao y hortalizas; potajes y bacalao por Semana Santa y en la Cuaresma, y algo extraordinario en Navidad y en el día del santo patrono, de San Fernando, cuando se permitía la entrada en el asilo al público, se mostraban las labores de los acogidos y hasta se enseñaba la cocina.
>
> Sin embargo, una vez al año asaltaba el hospicio la abundancia, casi el hartazgo, de manjares. En los diarios madrileños de aquellos tiempos, el 31 de diciembre podía leerse esta noticia: la Hermandad del Santo Niño de Dios del Remedio saldrá en procesión mañana, a las diez, de la parroquia de San Luis, dirigiéndose por la calle de Fuencarral al hospicio para dar la comida a los niños acogidos en aquel establecimiento.
>
> Seguidamente el estandarte de la hermandad y los cofrades con escapularios, medallas y cetros. Venían luego las angarillas en que iban cazuelas formidables con corderos asados; más angarillas con las ollas monstruosas del condumio calduno; más aún con las fuentes vidriadas, también colosales, del pescado; todavía más con las bandejas de arroz con leche, y otras con las disformes jarras talaveranas del vino.
>
> Y a continuación cestos con tostados y fragantes panecillos asados, y otros cestos con castañas, nueces, piñones y naranjas…
>
> Y todo limpio, alegre, cubierto de lienzos blanquísimos adornados de puntillas, brillando al sol las doradas tapas de jarras de vino. Aparecía luego la linda imagen del Santo Niño Dios del Remedio, sobre unas andas primorosas, alumbrada con velas, de que eran portadores asilados vestidos con trajes nuevecitos, adornados de bandas y lazos de seda blanca.
>
> Después, la presidencia. El mayordomo o mayordomos, los diputados provinciales, el gobernador, los altos jefes del hospicio, los sacerdotes y los invitados. (J.J. Morato, 13-14)

Pero no todos los días eran fiesta con menú especial. El resto del año, los empleados de aquella casa de caridad se comportaban como enemigos naturales de los asilados. Con frecuencia, las espaldas de los niños sufrían la descarga de mal humor, arbitrariedad y frustraciones que vomitaban sus custodios. Paulino se encargaba de cuidar a su hermano menor en la medida que, a traspiés, podía a sí mismo protegerse.

Más de dos años vivirá Paulino en aquel hospicio. Las Hermanas de la Caridad lo escogieron para marchar junto a la imagen del Cristo. Alto, delgado, ojos azules, su figura marchaba en las procesiones junto a la multicolor imaginería reportándole unos reales de propina.

Capítulo 2
Un obrero de once años

(1861-1862) Aprendiendo un oficio

En diciembre de 1861 Pablo concluyó sus estudios primarios. Jefes y profesores del hospicio, visitador provincial y gobernador civil acompañaban a los severos miembros del tribunal.

Con la papeleta del aprobado en la mano, el joven Iglesias ya podía elegir oficio. Los anteriores meses había encontrado evasión en los pliegos de cordel[12]. *Simbad el marino, Blanca de Navarra, Francisco Esteban, el guapo, El marqués de Villena, La redoma encantada*… impresos en hojas volanderas que arrancaban la imaginación del joven de una realidad hostil.

Ahora los hospicianos podían optar entre los oficios de carpintero, cerrajero, zapatero, sastre o impresor. Él eligió la última opción. En poco tiempo asimiló los secretos de la tipografía, las entrañas de la composición y los moldes, el universo de plomo, tinta y papel.

Una adecuada enseñanza le hubiera facilitado la promoción. Desgraciadamente, el maestro de taller era "de extraordinaria pericia, pero duro de entrañas y malhumorado. Jamás salía de su boca palabra de aliento, de elogio o simplemente de aprobación, más sí, y casi siempre, la regañuza broca y excesiva" (J.J. Morato, 15). A eso habría que añadir que ese regente de imprenta se desentendía de sus aprendices y, frecuentemente, les levantaba la mano. Iglesias siempre conservará un recuerdo agrio de su primer maestro de oficio.

La imprenta trabajaba a encargo de particulares, y dado que Iglesias "no se entretenía mucho" (J.J. Morato, 15), a él le fueron encomendados los recados a la Diputación y a las casas de los escritores. En los entresijos de las máquinas comenzó a estamparse trimestralmente el *Boletín Oficial* del Ministerio de Fomento y la semanal *Revista Científica*, subvencionada por

el mismo organismo. El alto funcionario responsable de la publicación, don Augusto Burgos, acostumbrado a la informalidad de los aprendices, cobró un sincero afecto hacia aquel muchacho espigado, serio y cumplidor. Después de averiguar el domicilio de doña Juana, la visitó una tarde de domingo. Tras elogiar al muchacho, pidió su adopción. La propuesta no disgustó a la viuda. Paulino podría así pisar las aulas de la universidad. Su hijo quizá se ceñiría la toga de juez o abogado, la bata blanca de médico, tal vez construiría los ingenios que manejan los obreros en las fábricas, diseñar los edificios que materializarían, después, cuadrillas de albañiles… se abrían unos portones sociales cerrados férreamente a los obreros de la época.

Sin embargo, el joven declinó el ofrecimiento. Tras agradecer aquel derroche de generosidad, aseguró que por ningún futuro venturoso se separaría de su madre. Faltaban veintitrés años para que Ottmar Mergenthaler inventara la linotipia. De modo que Paulino continuó manejando los pliegos de papel, los cuarterones de tinta china y las libras de cajas repletas de tipos sueltos fundidos en plomo. La imprenta del hospicio siguió siendo el hogar desangelado de Pablo Iglesias aquel verano de 1862.

Por aquellos días, un mocetón soñador y de bigotes retorcidos partirá de Canarias a bordo del vapor Almogávar. Tras llegar a la Península, espoleará los caballos de la carreta que lo conducirá a Madrid. Años después, él y Pablo compartirán amistad y confidencias entre los butacones polvorientos de El Ateneo y los cafés de la bohemia madrileña. Pero antes de que sus palabras se crucen, el veinteañero canario ocupará su pupitre en la facultad de Derecho. Sin embargo, poco parecen importarle los códigos y reales decretos. En horas de clase, recorrerá los barrios populares de "manolos" y chulapos, se empapará del encanto y travesura capitalino y comenzará a imprimir su marchamo literario en el periódico progresista *La Nación.* Publica en primera página una colaboración semanal que se titula, indistintamente, *Revista de la semana* o *Revista de Madrid* y plasma su opinión sobre literatura, teatro, política o vida social de los famosos.

Él, de momento, es un desconocido. Se llama Benito Pérez Galdós.

Los siguientes meses, la mente del joven Pablo se alimenta de novelones por entregas de Ayguals de Izco[13], de Fernán y González o de Pérez Escrich. Junto a otros asilados organiza un grupo de lectura. Sus miembros se prestan novelas y papelones literarios, emplean las propinas en adquirir cuartillas de poesía romántica[14] y desgastan butacas en sesiones de "teatro por horas". Los pliegos de cordel se adquieren a razón de cuatro maravedíes el pliego en 4º. Dos cuartos costaba *La triste historia del Conde de Alarcos*, cuatro la del marqués de Mantua, seis *Los siete infantes de Lara*, ocho *Orlando furioso* y diez la de *Oliveros de Castilla* y *Artús de Algarve*. Pocos años después, se publicaría en cinco pliegos la *Historia del Excmo. Sr. general D. Arsenio Martínez Campos* (J.J. Morato, 16).

El grupo de lectores y tipógrafos suele dirigir sus pasos apresurados a la calle Toledo. Junto a tiendas de incontables géneros, los clientes, vendedores, buscavidas y charlatanes abarrotan la vía hasta impedir, siquiera, ver el empedrado. Pero al grupo de hospicianos y aprendices poco le importa aquel tráfago mercantil. A ellos solo les interesan los puestos literarios. En aquellos tenderetes cuelgan papeles, sainetes, coplas, romances, libros de cocina y manuales para escribir cartas de amor, métodos musicales, planos del Madrid medieval… Junto a las pequeñas joyas literarias, se apilan cestos desbordados de espejos de bolsillo, dedales, pedernales, plumas de ave para escribir, correas para zapatos, relojes de sol con plomada y brújula a dos reales y medio… En aquellos aledaños de la plaza de la Cebada gastaba Paulino la bolsa de sus propinas.

Mientras la imaginación del joven Pablo volaba para huir de la sordidez, España se pudre en la nostalgia de un pasado grandioso.

El Gobierno busca destellos de gloria en campañas militares que solo acarrean ruina y sangre.

O´Donnell vislumbra en las embravecidas aguas políticas mexicanas el resplandor imperial perdido. Pero la realidad está teñida de sombras. El Gobierno de Benito Juárez[15] se niega a pagar la deuda reclamada por Inglaterra y Francia. España, deseosa de salir del pobre rincón de la historia donde ella misma se había postrado, se une a la ofensiva militar. Juan Prim[16], con prestigio militar forjado en África, es destinado a aquella aventura. Sin embargo, el joven general de Reus, casado con una mexicana, no veía ninguna ventaja en aquella guerra. El infortunio quiso que el general Serrano invadiera Veracruz y San Juan de Ulúa al mando de siete mil hombres. Esta operación provocó la ira de México y el rechazo de Inglaterra y Francia. En medio del desconcierto militar y político, el general Prim se encontró inerme. Al contemplar a sus soldados abrasados por la fiebre amarilla, negoció un pacto. Apoyado por los ingleses, el general de Reus ordenó abandonar México. Serrano se negó a enviar los barcos de evacuación y acusó a Prim de rebeldía. Sin embargo, la reina comprendió las razones del héroe africano y lo alocado de aquel delirio colonial.

En la Península, las medidas acordadas por el ministro de la Gobernación aniquilan cualquier parecido con una democracia real. Entre sus muchas normas, impide la asistencia a las reuniones de la campaña electoral a todo el que no sea elector. Desde 1837 se aplica el sufragio censitario. Tan solo pueden ejercer el derecho al voto quienes contribuyan con un mínimo de doscientos reales o posean riqueza equivalente. La ley electoral de Narváez elevó el pago a cuatrocientos reales si bien se rebajaba a la mitad a doctores, licenciados, magistrados y "otras capacidades". A la raquítica representación se sumó la práctica generalizada del caciquismo, sobre todo en núcleos rurales, donde los prohombres de cada localidad actuaban como

agentes de los políticos de Madrid. El cóctel de pucherazo y riqueza, al cual se unió la represión, propició la "política del retraimiento". Así, los progresistas se niegan a participar en la farsa electoral y se ven abocados al tortuoso sendero de la conspiración.

La primera rebeldía

Por aquellas fechas, la única "conspiración" en la vida de Paulino es la urdida con su hermano para visitar a su madre. Fugaces escapadas en las que abrazan a doña Juana junto a los lavaderos del río Manzanares o en el portal de alguna casa acomodada (J.J. Morato, 17). Además del descanso dominical, era costumbre en el asilo permitir que los acogidos disfrutaran la Navidad en familia.

El invierno de 1862 desbordó la carpeta de avisos de la imprenta. Folletos, tarjetas navideñas y libros consumían la tinta y el papel convirtiendo el taller en un frenesí de pasos nerviosos, voces, impaciencia y sudor. El regente, ante el miedo a perder algún encargo, suprimió los permisos navideños. Pablo Iglesias fingió acatar el atropello. Sin embargo, aquel joven gallego iba a consumar su rebeldía.

La primera en una larga vida jalonada de rebeliones.

De este modo, la tarde del 24 de diciembre, él y su hermano salieron discretamente del hospicio. En el cobijo de la calle Cabestreros compartieron pobreza y alegría la Nochebuena y Navidad de 1862.

> Tiene un móvil legítimo y noble: el hacer compañía a su madre. En lo sucesivo sus rebeldías, todas sus rebeldías, reconocerán parecido motivo alto y legítimo. Será el verbo de toda una clase vejada, menospreciada, ofendida. Y ello le acarreará quebrantos sin cuento: prisiones y burlas, procesos y calumnias. Un anticipo de lo que haya de sucederle lo encontramos a su regreso al hospicio (J. Zugazagoitia, *Pablo Iglesias. Vida y obra de un obrero socialista*, 14)

Al día siguiente, Paulino se presentó en la imprenta. La reacción del regente sobrepasó lo temido. No se limitó a insultar y abroncar al joven, también le amenazó con entregarlo a la Guardia civil. Como esto no parecía atemorizarlo, las manazas del maestro comenzaron a golpear el rostro y la espalda de Paulino. Tras las amenazas, los insultos y los golpes, Paulino se retiró a su dormitorio. Igual que todos los días. Una vez en el cuarto, recogió sus enseres y vigiló discretamente al regente. Esperó su salida. Unos minutos después, escapó. Al llegar al chiscón de la calle de Cabestreros, se abrazó a su madre y hermano.

Jamás regresó al hospicio.

Y solo la muerte pudo separar a madre e hijo.

Tiras de papel como ropa de abrigo

Los últimos días de 1862 los empleó Pablo recorriendo imprentas donde se ofrecía como aprendiz. En todas le contestaban de forma negativa. Algunas, piadosamente, apuntaban sus señas. "Si hay algo, lo llamamos". Este hilacho de esperanza alegraba el día en el cuartucho de la calle de Cabestreros.

Manuelín había regresado al hospicio y madre e hijo mayor compartían las estrecheces en aquel rincón del casco viejo madrileño. Al jornal de lavandera había que añadir los escasos reales que reportaba el servicio doméstico. Juana pedía los restos de comida en las casas donde limpiaba.

Pero, desgraciadamente, contra el frío no había defensa. Las rendijas, las paredes destartaladas y las corrientes gélidas convertían en suplicio las horas en aquel chamizo.

Aunque en la calle la situación era peor.

Sin ropa de abrigo, Pablo Iglesias recurría a trucos aprendidos entre las dentelladas de la pobreza y los golfillos de las aceras.

Con grandes tiras de papel arrancadas de las carteleras teatrales y enrolladas a modo de chaleco, el joven Iglesias recorría las calles en busca de empleo. Sobre los ásperos papelotes, una chaqueta "mejor le estaba al difunto" (J. Zugazagoitia, 15).

Una mañana, tras caminar frente al palacio del conde de Altamira, se dirigió a una pequeña imprenta de la calle Manzana. Casualmente, necesitaban un aprendiz dado que el taller iba a empezar a componer y estampar el *Diario Universal*. Tras examinar los conocimientos del muchacho, el responsable de la imprenta decidió contratarlo. Su cometido sería distribuir los moldes a razón de dos reales diarios con jornada completa de lunes a sábado.

Dos reales no era un jornal boyante, pero acostumbrados a las penalidades, los Iglesias se sintieron en la abundancia. La vida, evidentemente, era más barata. El pan costaba 40 céntimos el kilo, 1,10 el de carne, 1,90 el de tocino, 0,90 los mejores garbanzos, 0,80 las judías y el arroz, 0,65 las lentejas y 0,15 las patatas. Ganaba un albañil un jornal de 14 reales, ocho el peón y siete el bracero (J.J. Morato, 18). Los ingresos de doña Juana Posse apenas ascendían a cuatro reales diarios. Lamentablemente, no todos los días había casas donde asistir y el trabajo como lavandera escaseaba. Además, en ese caso era imprescindible bajar al Manzanares, pagar el "recuelo", alquilar banca y descontar el gasto de alimentos,

Sus otras "variables económicas" eran la ropa, la luz y la calefacción. Las prendas de vestir podían durar si se cuidaban, por lo que tanto doña Juana como Pablo procuraban cuidarlas hasta lo imposible. El brasero, un impensable lujo, permanecía frío mientras las rendijas de puertas y ventanas

se tapaban con trapos y papeles. La luz se daba tan solo cuando había desaparecido el último rayo de sol. Afortunadamente, doña Juana contaba con aquellas raciones sobrantes que le permitían llevarse de las casas donde asistía.

España vivía los tiempos de la Unión Liberal[17], Madrid se ensanchaba y los negocios florecían. Era habitual la imagen del nuevo rico. En muchas ocasiones el origen de las fortunas se cubría de telones oscuros que ninguna autoridad osaba descorrer. Se trazaba el paseo de la Castellana y se removían tierras en los altos de San Bernardo para levantar un gran presidio. Poco a poco, el agua y el gas iban llegando a todos los rincones y los operarios municipales, provistos de enormes regaderas, limpiaban las principales arterias. Se tendían los caminos de acero por donde transitarían los trenes que atravesaban la Sierra de Guadarrama y los que, achacosos y humeantes, recorrían el trayecto Valencia-Almansa. El rey y los ministros acudían a las frecuentes inauguraciones donde según un cronista de la Gaceta, eran recibidos "con júbilo inexplicable" (J.J. Morato, 19). En Madrid se comenzaba a forjar la línea férrea de circulación y el hervor económico impulsaba la fundación de periódicos.

Algunos prolongaron sus días, otros, como el *Diario Universal*, se editaron escasos meses. En marzo de 1863, mientras el marqués de Miraflores sucede a O´Donnell en la presidencia del Consejo de Ministros, el *Diario Universal* agoniza y en sus estertores muerde gran parte de los ingresos de la pequeña imprenta de la calle Manzana. Unos cuantos oficiales quedan sin trabajo. Pocos días después, el aprendiz Paulino Iglesias engrosará las filas del desempleo.

De aprendiz a oficial

De nuevo, el joven recorre las imprentas. Atesora experiencia, entusiasmo y la fuerza de la necesidad. De modo que enseguida encuentra trabajo. Con una peseta de jornal vuelve a tiznar sus dedos con los tipos, el papel y las tintas en una imprentucha de la calle del Limón. Mientras componía una edición de *El Quijote*, el dueño le obligó a regar el jardín anexo. Larguirucho, mal alimentado y con nulo vigor físico, sudaba angustiosamente cada vez que extraía agua del pozo.

> Una mañana —conservo la referencia que el propio Iglesias me hiciera— el esfuerzo me venció. El cubo era demasiado pesado para mis fuerzas, las pocas fuerzas de un muchacho mal alimentado, y me desvanecí. El patrono me recriminó por torpe y desmañado y el orgullo de mi oficio me hizo insubordinarme. Recuerdo que le dije que yo era tipógrafo pero no jardinero. Pedí la cuenta y abandoné aquel taller. Noté que en estos cambios iba ganando. Encontré trabajo



Grabado de un establecimiento tipográfico en el que se imprimían las publicaciones *La Ilustración Española*, *El Semanario Pintoresco Español*, *La Biblioteca Universal* y *Las Novedades*, algunas de las revistas más importantes de la Década Moderada. El adolescente Pablo Iglesias encaminará sus pasos hacia establecimientos como el de la imagen (Biblioteca Nacional, Madrid) en demanda de empleo.

> en otra imprenta, donde se hacían las obras de Alcubilla y me pagaron a cinco reales (J. Zugazagoitia, 16-17).

Como el propio Iglesias relata, gana más enfrentándose a las injusticias que hundiéndose en la sumisión. En la nueva imprenta recibe siete reales de jornal. Compone las líneas de *Tratado de Química* y *Tratado de Matemáticas,* del profesor Cortázar, así como el *Diccionario Administrativo* y *El consultor del ayuntamiento* de Alcubilla.

Pablo Iglesias comienza a adiestrarse en el complicado lenguaje de las fórmulas, conocido en la jerga tipográfica como cálculos. Ha adquirido la pericia de un oficial. Compone tantas líneas como un maestro y apenas comete erratas. Lo que desgraciadamente no mejora es su jornal. El dueño de la imprenta lo remunera como "aprendiz adelantado" aunque lo emplea como "oficial completo". Domina su oficio. Durante años ha peregrinado por varias imprentas y puede convertir un atadijo de cuartillas en un atractivo libro.

Desde que Iglesias atraviesa el umbral de aquella imprenta de la calle Manzana, la sociedad española ha vivido innumerables acontecimientos. La emperatriz de Francia, Eugenia de Montijo[18], visita a la familia real española el 17 de octubre de 1863, ha fallecido en Madrid el escritor y político Nicomedes Pastor Díaz[19] y Gustavo Adolfo Bécquer continúa publicando sus *Cartas literarias* en el periódico *El contemporáneo* alumbrando la literatura de un siglo que no verá concluir. El periódico *El cascabel,* con el subtítulo "periódico para reír" no oculta sus entrañas de sátira política[20] en una España de borrasca política donde, curiosamente, la cultura parece fraguar. Así, Eduardo Rosales deslumbra en la Exposición Universal de Bellas Artes. Quienes se acercan al nuevo local instalado en el solar de las Monjas Vallecas, calle Alcalá esquina Peligros, pueden contemplar seiscientas diecinueve obras presentadas a certamen. Entre ellas destaca *El testamento de Isabel la Católica* de este pintor madrileño[21] cuyos veintiocho años presagian días de gloria a los óleos y lienzos. Junto a él, José Casado del Alisal[22], con *La rendición de Bailén,* ha obtenido la otra primera medalla.

Por su parte, Madrid se despide de un alcalde memorable, José Osorio y Silva[23], bajo cuyo mandato se ha reformado definitivamente la Puerta del Sol, se ha aprobado el plan de Ensanche pendiente solo de ejecución, se ha dotado de aguas la ciudad y se ha comenzado el viaducto de la calle Segovia.

Alejado de las obras del viaducto se inaugura un esplendido parque de atracciones, los Campos Elíseos, que, según la publicidad, es superior a los que existen en las grandes capitales de Europa. Se enclava en la carretera de Aragón, pasada la Puerta de Alcalá, frente al Retiro, en lo que tiempo después será la calle Velázquez. Cuenta el parque con arboledas, jardines, montaña rusa, estanque, café, billar, restaurante y un teatro de verano que se

llamará Rossini. Inaugurado por una compañía de ópera donde actúa el tenor Tamberlick y dirige Barbieri[24], los Campos Elíseos alegrarán la vida madrileña hasta que, poco a poco, serán sustituidos por los Jardines del Buen Retiro.

Mientras tanto, seguramente el joven tipógrafo no era consciente de lo mucho que un lejano acontecimiento iba a influir en el mundo y en su vida. A la vez que él perfecciona su oficio, en Londres se acaba de fundar la Asociación Internacional de Trabajadores[25]. Es una de las primeras respuestas institucionalizadas del proletariado para levantar un muro frente a la burguesía. Los estatutos de la nueva entidad beben de las fuentes marxistas y propugnan la colectivización de los medios de producción. Su estructura engloba las federaciones locales integradas por sindicatos y las regionales compuestas por Estados. Estos se guiarían por el Consejo General de la Internacional.

Los congresos de la Internacional se celebrarán disciplinadamente hasta el estallido de la guerra franco prusiana. Pocos años más tarde, Bakunin y Marx mantendrán agrios enfrentamientos, culminando con la expulsión del primero y sus seguidores que fundarán la Internacional Anarquista.

Mientras los obreros europeos cierran filas, la política española se tambalea. El 25 de febrero de 1865, don Emilio Castelar[26] publica desde su periódico un artículo donde arremete contra Isabel II. Esta, para aliviar la situación económica, había decidido entregar al Estado parte de los bienes del Real Patrimonio. La reina se reservaría una cuarta parte de la venta. El artículo, titulado *El rasgo*, es de una dureza extrema:

> …Y, en último resultado, lo que reste del botín que acapara sin derecho el Patrimonio vendrá a engordar a una docena de traficantes, de usureros, en vez de ceder en beneficio del pueblo. Véase, pues, si tenemos razón; véase si tenemos derecho a protestar contra ese proyecto de ley que, desde el punto de vista político, es un engaño; desde el punto de vista legal, un gran desacato a la ley; desde el punto de vista popular, una amenaza a los intereses del pueblo y, desde todos los puntos de vista, uno de esos amaños de que el Partido Moderado se vale para sostenerse en un poder que la voluntad de la nación rechaza; que la conciencia de la nación maldice.[27]

El Gobierno Narváez reprime severamente la libertad de expresión de Emilio Castelar. El ministro de Fomento, Antonio Alcalá Galiano[28], ordena la separación de Castelar de la Cátedra de Historia de España en la Universidad Central. Ni tan siquiera han aguardado la resolución del preceptivo expediente disciplinario. La mayoría del profesorado universitario apoya a Castelar así como el rector, señor Pérez Montalván. Sin embargo, el gabinete reaccionario no cede. Pocos días después de separar a Castelar de su cátedra se procede a la destitución del rector, sustituido por el marqués de Zafra. Estas represalias son contestadas en forma de numerosas revueltas

estudiantiles. A los alborotos protagonizados por los universitarios se unen no pocos obreros.

Todo este fragor desemboca el 10 de abril de 1865 en la agitada "Noche de San Daniel". Estudiantes y obreros se manifiestan contra las destituciones de Castelar y Pérez Montalván. En la protesta también se corean gritos contra la política retrógrada de Narváez y la represión de las últimas algaradas de trabajadores. La noche acaba tintada de sangre. La Guardia Civil, sable en mano, carga contra los manifestantes, que acaban disolviéndose entre los aledaños de la Puerta del Sol.

Desde ese momento, Emilio Castelar conspirará activamente contra la reina y su Gobierno ferozmente reaccionario. Acosado, el político habrá de exiliarse. No podrá regresar hasta la Revolución de 1868.

Mientras, Pablo Iglesias consume la mayor parte del día entre los tipos de plomo y las planchas. Gana dos pesetas diarias en la imprenta donde se compone *La Iberia*. Un experimentado oficial le aconseja que se emplee a destajo. Decide seguir el consejo. Desgraciadamente, la situación política volverá a quebrarse.

Prim, Moriones, Joaquín Aguirre, Sagasta y Manuel Becerra, personajes de ideas de progreso y, la mayoría, iniciados en la orden francmasónica, propician el levantamiento contra el Gobierno reaccionario de Narváez. Así, el 22 de junio de 1866, los sargentos del cuartel de San Gil en Madrid hacen resonar la pólvora. Tras recluir a los oficiales de su emplazamiento, cuatro de los cuales fallecen en el desafío, reúnen mil doscientos hombres y treinta piezas de artillería con las que montan barricadas en el norte de Madrid. Mientras, el general Prim aguarda en Hendaya. Colocan un destacamento en la Puerta del Sol y una batería en la calle Fuencarral. El primer disparo contra las fuerzas del Gobierno restalla en la calle Preciados. El teniente coronel Camino frena a los sublevados y les arrebata dos piezas de artillería. Los generales O´Donnell y Serrano comandan las tropas gubernamentales. El primero apunta sus cañones contra el cuartel de San Gil. Durante dos horas, las piezas de artillería vomitarán hierro y muerte. A unos cientos de metros, Serrano se apodera del cuartel del Príncipe Pío. Finalmente, O´Donnell, Serrano y Zavala consiguen entrar en el fortín por la puerta principal. Los sublevados, tras sufrir setecientas bajas, han de rendirse. A su vez, Pavía, el duque de Tetuán y los marqueses del Duero y Zorzona sofocan los pequeños fuegos revolucionarios madrileños.

Pocos días después, el 8 de julio, se suspenderá cualquier garantía constitucional. Con el precedente de la clausura de El Ateneo[29], el Gobierno recrudece sus posiciones conservadoras. En el terreno educativo, el ministro Manuel Orovio[30], católico ultramontano, arremete contra cualquier destello de modernidad e impone una docencia ceñida al dogma católico. Los padres del krausismo[31], Sanz del Río, Fernando de Castro y Nicolás Salmerón[32],

serán expulsados de sus cátedras al no aceptar la imposición religiosa integrista. En este clima de intolerancia debe añadirse la feroz oposición de la Iglesia católica a las recientes teorías de Darwin.

Como consecuencia de la revolución de junio de 1866, progresistas y demócratas españoles se reúnen en Ostende y suscriben un tratado. Nos encontramos ante el primer pacto antiborbónico. La corrupción, el despotismo y la crisis económica que atenazan España son el revulsivo del descontento progresista y popular.

Impulsados por el furor de Prim, los congregados en Ostende acuerdan:

> Destruir todo lo existente en las altas esferas del Poder, nombrándose enseguida una Asamblea Constituyente, bajo la dirección de un gobierno provisional, la cual decidirá la suerte del país, cuya soberanía será la ley que representase, puesto que sería elegida por sufragio universal directo. (*Crónica de España*, 699)

El Gobierno, por su parte, perseguirá cualquier vestigio conspirativo.

Todos estos vaivenes perturban la precaria situación del joven Iglesias. Tras los sucesos de San Gil, O´Donnell suspenderá la edición de *La Nación, La Soberanía Nacional, La Discusión, El Pueblo, La Democracia, Las Novedades y La Iberia*. Son también clausurados diversos semanarios, cerrándose las imprentas correspondientes. Los impresores sospechosos de simpatía progresista y demócrata ven precintados sus talleres.

Cuando Iglesias se dirige al empresario que iba a contratarlo a destajo, éste se escuda en la crisis y en las medidas dictatoriales del gobierno. Ofrece por cien líneas un real menos que a los oficiales. Pablo se irrita.

> Pero si eres un chico —le dijo el dueño—. Por la edad, sí; por mi trabajo y obligaciones soy un hombre; tengo que sostener a mi madre y a un hermano —replicó Paulino—. Bueno, no te doy más; así que tú verás si te conviene estar parado o cobrar a los precios que te pongo. (J.J. Morato, 20-21)

Muchos kilómetros al norte, en la gélida Hamburgo, un joven judío alemán repasa las cuartillas de una obra que publicará un ya cercano 14 de septiembre de 1867 (*Crónica de España*, 699). Sus escritos van a convulsionar durante décadas el panorama económico y político de todo el planeta. Sus ecos resonarán pronto desde la Península Ibérica hasta los Urales, desde la Patagonia hasta los Grandes Lagos norteamericanos. Sus consecuencias condicionarán la vida de cientos de millones de personas.

Seguramente ni él mismo intuye la magnitud de su influencia.

Él se llama Karl Marx.

Su obra se titula *El capital.*